



De niño, después de que en clase me explicaran cosas sobre el valor, arrojo, grandeza y demás excelencias de la raza, solía irme a esperar la llegada de la Apertura a la terraza de algún café. Casi siempre, aguantaba los plantones a base de vino tinto y estudio antropológico en la persona de los viandantes que pasaban ante la cirrosis infantil de mi esperanza, ignorantes del aperturismo que se les venía encima y, por lo tanto, completamente relajados. Esta terrible manía, concretada en atribuirles profesiones según sus caras, me llevó a la siguiente conclusión: los españoles tenemos cara de bandoleros por muy temprano que nos levantemos y por muchos royalties que paguemos puntualmente al exterior. Si yo fuera sueco, rubio, alto y delgado como mi madre, siempre

«¿TENEMOS LOS ESPAÑOLES CARA DE BANDOLEROS?»

que tropezase con un español, levantaría las manos espantado, creyéndome víctima de un atraco. Porque, fíjense cómo andan. Nunca sabremos si llevan en sus piernas la cautela del malhechor, o simplemente: que les duelen los pies. El caso es que el español anda raro. A lo mejor, la razón está en aquel gitano que decía: «Un hombre sin dinero es un bulto sospechoso». El caso es que las gentes me-

nos puentes de nuestro país tienen una extraña pinta que le hace pensar a uno: «¿Tienen —tenemos— los españoles cara de bandoleros?». Una japonesita llamada Tamae me decía subiendo las escaleras mecánicas de un almacén de Osaka: «Qué guapo eres, Tola. ¡Los occidentales sois la pera!». Ya Tamae, con su astucia típicamente oriental, decía «occidentales», en lugar de: «españoles». Decía «Tola» y no: «español». La japonesa anunciaba la excepción —yo— y descartaba la posibilidad de que ustedes sean guapos y no tengan cara de bandidos o adulteradores de productos básicos. Menos mal que las españolas están buenísimas, que, si no empezaría a pensar que me engañaron de niño cuando me contaron aquellas maravillas de la raza...

TOLA



Al rumor sólo se le combate con la noticia y viceversa. Sabemos que lo que vamos a decir es materia reservada, pero preferimos correr el riesgo de dar información a nuestros lectores. Bien sabe Dios que no mueve nuestra pluma ánimo ninguno de revancha, ni creemos poner en peligro la seguridad del Estado con esta información, pero faltariamos al Calendario de la Liga, vaya nuestra advertencia: respeto a nuestra profesión periodística si, teniendo conocimiento de unos hechos, no corrieramos gustosos a servirlos al lector. Muchos dirán que nos mueven deseos malévolos e intenciones soterradas, pero nada más lejos de la realidad. Porque hacer periodismo es hacer patria o algo así, y esto es lo que no están dispuestos a permitir muchos que, amparados en no sé qué oscuras oscuridades, pretenden dudar de la madurez de un pueblo en marcha ha-

EL SAHARA

cia un futuro en las estrellas (Copyright, quedan reservados todos los derechos de la última frase).

A lo que íbamos, este pueblo que ha demostrado su madurez en múltiples ocasiones, no merece ser tenido por subnormal por aquellos que conociendo los hechos, como nosotros, los ocultan, los tergiversan y quieren mover los vientos en apoyo exclusivo de sus velas. Hora es ya de que callen los agoreros, hablen los

mudos, anden los cojos, vean los ciegos y todos a una bailemos al son de esa música tan nuestra que es la jota aragonesa, o de la seguidilla manchega, que aquí no queremos salir en apoyo de regionalismos disgregadores ni separatismos falaces.

Bien sabemos que la mayoría de los españoles no merecen estas acusaciones que hemos hecho, duras, sí, pero con amor de padre. A todos esos españoles, trabajadores sencillos, buenos padres de familia, vaya nuestro apoyo más sincero, pero para esos otros a que nos venimos refiriendo, para los que han cambiado el Calendario de la Liga, vaya nuestra advertencia: que se anden con cuidado porque no hemos de callarnos y una y mil veces repetiremos lo que hoy les hemos dicho.

THE CAPTAIN TRUENO